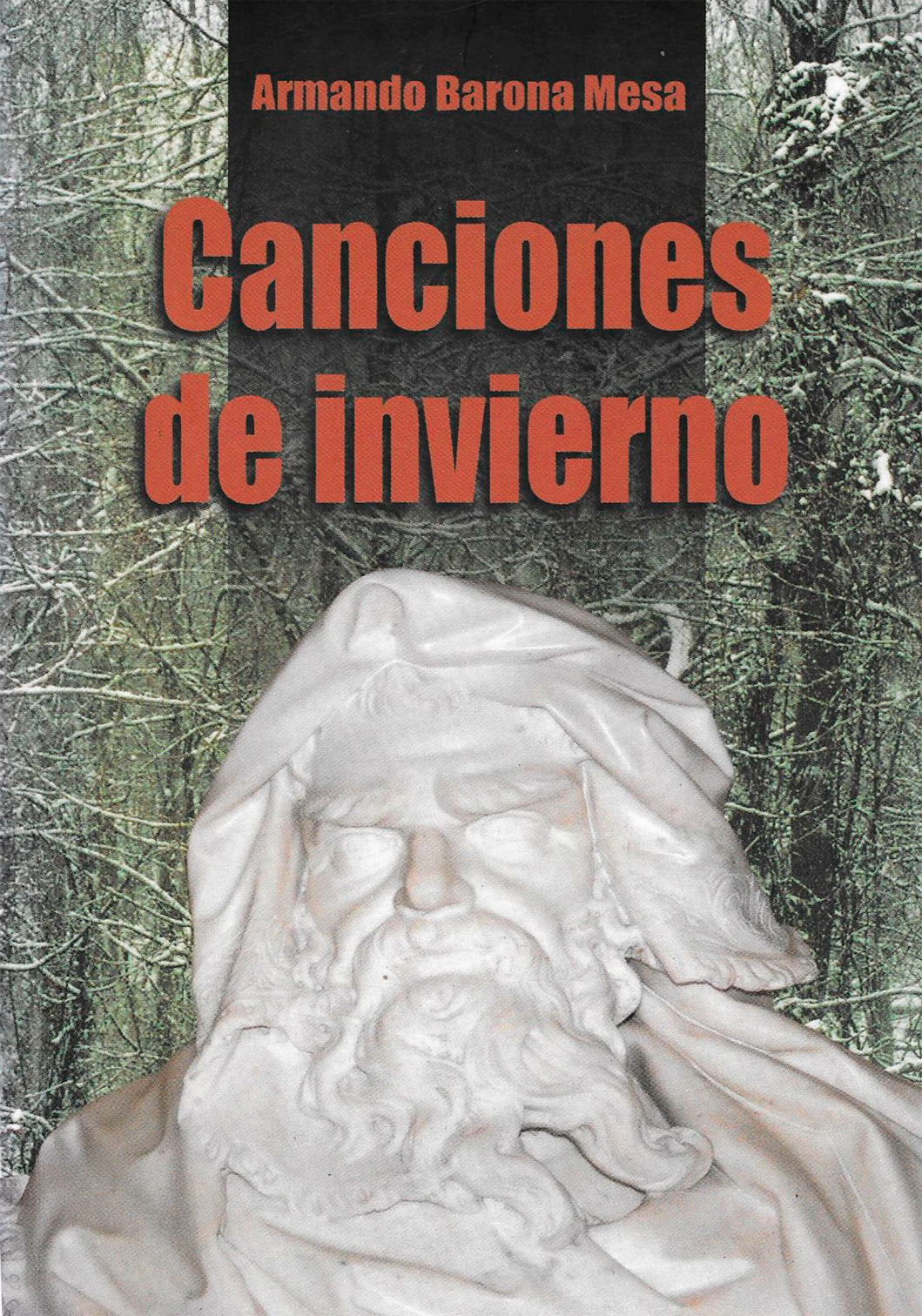
Armando Barona Mesa

Canciones de invierno



Armando Barona Mesa

Este es el tercer libro de poemas que escribe Armando Barona Mesa, hombre múltiple y erudito, escritor de variadas facetas. *Canciones de invierno* recoge vivencias de una vida en movimiento. Viajero por la geografía de la tierra con ojo avizor, el monumento que ve es instrumento para revivir un pasado histórico que conoce en todos sus detalles como cultor asiduo de la historia. Precisamente en tres tomos, *Momentos y personajes de la historia* recoge gran parte del conocimiento de los sucesos de la humanidad que, con ágil pluma, Armando Barona Mesa enseña en cortas pinceladas. Allí logra afortunadas síntesis de lo que fueron las vidas de los grandes hombres, y su tiempo.

Armando Barona Mesa

Canciones de invierno

Cali, 2005

Barona Mesa, Armando
Canciones de invierno / Armando Barona Mesa. — Cali: Impresora Feriva, 2005.
116 p.; 21 cm.
ISBN 958-33-6893-8
1. Poesía colombiana. 2. Música – Poesías. 3. Amistad – Poesías. 4. Poesía amorosa colombiana. I. Tít.
Co861.6 cd 19 ed.
AJA1545

CEP-Banco de la República-Biblioteca Luis Ángel Arango

© Armando Barona Mesa
2005

ISBN 958-33-6893-8

Carátula: Diseño de Marcela Barona Montúa
Escultura: *El Invierno*, Museo Gutti, Los Ángeles.
Fotografía: *Invierno*, de Diego Armando Barona Montúa

Diagramación: Departamento de Arte de Impresora Feriva S.A.

Este libro ha sido impreso en los talleres gráficos
de Impresora Feriva S.A. en el mes de marzo de 2005
Calle 18 No. 3-33
PBX: 883 1595
www.feriva.com
Cali, Colombia

Prólogo

Desde que Safo estaba chiquita los autores de preceptiva están tratando de definir la poesía. El trabajo no ha sido del todo vano; ha servido de estímulo para algunas de las mejores páginas de los críticos y permitido tres o cuatro conclusiones firmes: la poesía es un lenguaje pretencioso, rítmico, proclive al misterio y ubicuo porque puede estar en todas partes, incluso en la prosa.

En la primera página de *El arco y la lira* Octavio Paz recoge muchas de las definiciones que se han intentado: todas válidas, ninguna suficiente. Recordemos las últimas líneas de esa página ya famosa: "Voz del pueblo, lengua de los elegidos, palabra del solitario. Pura e impura, sagrada y maldita, popular y minoritaria, colectiva y personal, desnuda y vestida, hablada, pintada, escrita, ostenta todos los rostros pero hay quien afirma que no posee ninguno. El poema es una careta que oculta el vacío, ¡prueba hermosa de la superflua grandeza de toda obra humana!"

Más adelante Paz intenta una definición personal: "El poema es un caracol donde resuena la música del mundo, y metros y rimas no son sino correspondencias, ecos de la armonía universal".

Ezra Pound también tiene la suya: "La poesía –dijo alguna vez ese fascista brillante– es lenguaje con la carga más alta posible de significación". Carl Sandburg la definía como el diario de un animal marino que vive en tierra

y quiere volar a los cielos. El autor de Peter Pan estaba convencido de que servía para jugar a escondidas con los ángeles. Otro dijo que la poesía era una manera de hacer visible el lenguaje. Se refería al hecho de que cuando se dicen las cosas de una manera directa, las palabras son tan trasparentes que se vuelven invisibles y sólo captamos el sentido. Un ensayista, por ejemplo, puede escribir: "Europa es pragmática y racionalista; América Latina, intuitiva y mágica". Un poeta dirá: "Al norte está la razón estudiando la lluvia, descifrando los truenos./ Al sur están los danzantes engendrando la lluvia, al sur están los tambores inventando los truenos".

La definición del duque de Rivas gozó de gran popularidad y fue durante muchos años una suerte de axioma de la teoría literaria: "Poesía es hablar claro, sentir hondo y pensar alto". A pesar de su contundencia, hoy no aprobamos las condiciones del duque porque ya sabemos que el poeta no habla claro. Y no lo hace por tres razones: por su afición a la metáfora, porque ama el misterio y porque abomina del lenguaje trasparente.

Quizá la mejor definición la dio Paul Valéry, quien pensaba que la poética era una manera de nombrar que oscilaba entre el sonido y el sentido. (Sólo un prosista podía decirlo con tal claridad y concisión).

Las canciones de Armando Barona conocen este vaivén.

Mientra llueve y llueve
Se marchita el alma
Del indio cansado
Que horada la tierra
Con su choza oscura
Su guitarra negra.

Mientras llueve y llueve
La espiga se dobla

La criba se alza
El sudor y el agua
Dejan su lamento
Líquido en el viento.

En ocasiones se decide abiertamente por el sonido y sacrifica el fondo en poemas que recuerdan las músicas de Darío, Lorca, Gutiérrez Nájera.

Rosa morena de luna,
Niña que apagó mi pena.
Luces de la luna plena,
Morena rosa de luna.

No habrá congoja ninguna
Porque esta luz de azucena,
Hija de la luna llena,
Será mi claro de luna.

Brunos sus ojos, moruna,
Y su carita serena,
Niñita mía, tan buena.

Bajo su embrujo mi pena
Vuela hacia la luna llena
Como esta canción de cuna.

(La influencia de Gutiérrez Nájera es evidente en el poema "Los libertinos", que tiene el humor y el ritmo de "La duquesa Job").

Todos somos hijos de nuestro tiempo y Barona no es la excepción. Por eso en medio de los poemas medidos, tranquilos y rimados saltan de pronto los versos broncos del poeta moderno.

Perfume de asfalto
Humo de los socavones del metro
Un saxofón difumina
La tristeza de un negro
Una mujer abre sus piernas largas.
Jazz que carcome como un lobo
Hambriento en la selva de cinturas
Flexibles y bocas deshojadas.

El libro se llama *Canciones de invierno* porque la nota dominante es la nostalgia. Nostalgia por una mujer cuyo nombre cae sobre el corazón del poeta "como una garúa inclemente"; por un amigo muerto ("la soledad es un amigo que no está", le dice a Carlos Holmes Trujillo tomando prestada la frase de un baladista que ya no canta); o por Bolívar: "Ni fueron las tormentas / y los rayos los que fulgieron su derrota"); o por Borges, que "habla como la brisa de un dios aún no muerto"; o a la amiga que recuerda como "una paloma curruteando en los rincones de mi hastío".

¿Por qué son tan propensos los poetas a la elegía? Quizá porque "la derrota tiene una dignidad de la que carece la ostentosa victoria". Quizá porque la felicidad es menos poética, o porque ya la agotaron tipos como Walt Whitman y Luis Carlos López. Quizá porque la tristeza es una compañera más fiel que la dicha, esa muchacha pasajera. O simplemente porque los poetas no tienen que ser "como esos relojes de sol, que sólo cuentan las horas felices".

Debo hacer una salvedad: este es un libro triste, sí, mas no desesperanzado. Sólo hay literatura desesperanzada cuando confluyen el pesimismo del fondo y la torpeza de la forma. Pero cuando los asuntos tristes se cantan con poesía, ésta obra como un antídoto de los pesares. Por esto, hablando en rigor, la elegía no existe. Por esto la

lectura de "Coplas a la muerte de mi padre" no nos aflige a pesar de su severidad. Por esto, cuando las trompetas del Apocalipsis anuncian el fin con siete gritos horrendos, lejos de proclamar el desencanto, nos están exhortando con voces urgentes a la observación de la virtud. Así, también, estas *Canciones de invierno* tienen una fortaleza, un estoicismo, una suerte de oscura felicidad que uno no cambiaría por todas las fiestas del mundo.

JULIO CÉSAR LONDOÑO

Proemio

Hay un hombre en el laberinto que sueña

La soledad del hombre, el sueño que lo transforma y lo convierte en el secreto rigor de una baraja, el ajedrez en el trasfondo de los sueños, la melancolía y la soledad que como en el país de Alicia hacen del hombre la interminable fábula. Y vuelvo al sueño donde la reina blanca es hacedora de la magia. El sueño: la involuntaria muerte que urde la noción de las palabras.

Gilbert Keith Chesterton, escritor inglés, ensayista y poeta, compara el universo de los ateos como un laberinto sin centro, y la suerte de los que escriben lo inquieta aun más por sus innumerables enigmas, hados que describen el infinito abismo de sus propios destinos, el lenguaje lleno de eternidades que es la poesía. Así comienzo la interrogación que me acerca a la pertinaz escritura del poeta Armando Barona Mesa.

Una tarde de las muchas tardes de mi vida, yo caminaba de la tibia mano del amor; él, del ardoroso y tierno abrazo de Ruby. El tiempo no se ha detenido; pausadamente, como la más bella parábola, nos ha cultivado a la par con la luna y con el cielo que nos miran en nuestras simetrías imperfectas, pero válidas en los asombros que hacen de los amigos la espléndida metáfora, los infinitos modos que como ríos o símbolos nos hacen innegables en la oscura o luminosa calle que es la vida. Así, maravillada ante el destino, acepté con alegría el reto que me impuso el poeta de comentar su libro.

Oscilando entre el ensayo histórico, el encantamiento con la historia de los héroes, con la delicia homérica, con su profundo amor a los libros, y el salto de trapecista a su propia historia, confesional, delatándose con su geografía de abismos y caminos, en su desolación que es una constelación indescifrable, de cuerpo entero en sus evocaciones, exquisito con su propia naturaleza, afiebradamente inmenso en su alma, como Elio o como Mallarme, y su obstinada cosecha de fantasmas, el poeta Armando Barona Mesa escribe en una época de antagonismo, desolada y agónica, de hastíos y de lágrimas.

Cómo ama el poeta las palabras, cómo se regocija con esa forma de felicidad que es la literatura, cómo obedece el corazón a esa ruta milagrosa que es la poesía, raíz de lo que somos, el origen del origen, con sus tres libros de poemas, *Ciudad de corazón negro*, *Entre luces y sombras* y este *Canciones de invierno*, deletreándose en su azogue, haciéndose ilación, escarpada raíz para oficiar desde sus huesos la liturgia que lo hará laberinto de sed, universo que desencadena el vórtice. Me maravilla pensar que el poeta se repite, que es él subiendo el espiral de la escalera, y que su numen lo hace escribir sobre los mismos y eternos temas, diferentes de la otra página, del otro ciclo, desenraizarse, rasgar las velas, apagar los tizones encendidos con el mismo fuego, o con el otro. El poeta decide, se purifica en su repetición, rompe las amarras, hace posible oscurecer o esclarecer, resucitar o morir, esa repetición que lo crucifica y le da de beber hiel y yodo.

Así excavo las ciudades, el agujero donde se doblegan y se levantan los sueños. El sol como un puñal agigantadamente en el grito, un temblor de sexo invadiendo los labios, y perenne allí la rosa, su saliva en la búsqueda de Circe. Así construye el poeta sus evocaciones, evocar con la música y el vino el instante, convertirlo en ceniza, en una danza de bocas que se fueron. El poeta

tiene los sentidos abiertos para descubrir la noche, el murciélago que aletea en las sombras, el silencio de las azucenas, los cerezos que aroman los jardines, y el sorbo de espinas que arde con devoción entre sus líneas.

El agua en su constante ensoñación lo envuelve en sus colores, golpea su carne, esa constante que fluye entre la sangre y lo hace Ulises. Esa nostalgia que como Afrodita va naciendo en el blanco más blanco del invierno, en el madero donde la amada espera, y ebria es todas las mujeres, y es mar, pájaro y congoja. El amor como una flecha quiebra la noche y se vuelve música, se hace tibia gota de agua, y es el instante del beso el más corto camino hacia la muerte.

Y vuelvo a la palabra agua escrita con deleite, obsesivamente agua que es invierno, todas las esperanzas y las desesperanzas en la lluvia que se traga la tierra, agua primigenia, fluido de multiplicidad y de vértigo, la constatación del intenso ir y venir en el aromado vientre de la madre. Agua: la nieve que surca sus viajes, la que busca en las ciudades lejanas el largo aliento que lo anima como un eco indescifrable.

Obsesivamente como el agua, una mujer de cabellera negra habita su sangre y su sollozo, y se hace alta su voz cuando la nombra, miel delgada su pie, mujer que posee la furia, y en su cintura el respiro de la muerte, la ceniza en el coro de sus ángeles, mujer heredera de sus quejas y sus fabulaciones, mujer que posee el océano y es volcán y cuchillo para su lecho de hiedra.

Con la certidumbre que al poeta lo allana el inagotable imaginario, y que cada uno de sus libros nos permite deletrear sus cielos y el fabuloso río del Leteo, sus árboles de greda, la semilla y su enjambre de parásitas, la casa con sus muros blancos que lo acogen en su predestinación, la hondura y el ascenso en el canto a sus amigos donde se hace uno, y se forja la intrincada virtud que lo

abraza a los efectos y a las causas que urden la perfecta levedad del día. Así perenne, modelando el constante aprendizaje, Armando Barona Mesa nos presagia una nueva luna, y muchos días y noches para la creación poética, que es una mezcla de revelación y de suerte que hacen posible el encantamiento, su abstracción o su derrota, porque así es el poeta: sonoro y tristísimo, como un río inmemorial, oscuro, ahondado de lejanías, búho que ulula en la orilla más desértica.

Son de oro las hojas del trébol que el poeta busca, y es innegable el pródigo crepúsculo donde crece el ciprés que anuncia el fuego del Apocalipsis, y el amor que se hace yugo en la infinita probidad de su imaginario, una hoguera de cedros el hondo pozo que se alza como una dádiva.

Y pronuncio el poema más corto de estas *Canciones de invierno*: bajo la noche que muere/ y la luz que llega/ pienso que no hay Dios/ pero la luz llega./ Con escepticismo el poeta nombra a Dios y Dios como una anémona se abre, lo encuentro en sus largos inviernos, en sus árboles donde el fruto es más azul que todos los azules, en la belleza de sus lirios.

Hay un hombre en el laberinto que sueña, es de arcilla y barro, es de azar la próxima penumbra, y sin embargo canta.

Poeta Armando Barona Mesa, recordaré siempre una tarde y una fecha, los ojos memorables del amado, el infinito mar, la amistad que me ofrecen usted y Ruby, y su escritura.

Amparo Romero Vásquez

La casa

Este techo y la sombra...
los blancos muros blancos...
mi soledad de búho...
y el amanecer que se comió
las tinieblas como si fuera un cachalote.

Esta es mi casa blanca
con blancos muros blancos,
donde todo se acoge a mi nostalgia.
Una rosa
el jardín
un viento en el ocaso.

Una risa
un chiste
un café
sorbiendo a tragos largos
mi lacerada ausencia.
La cola de mi perro
el ruido de los astros
en el que deposito
un beso
la congoja de un ave
el gorjeo de un pájaro
la noche que te hunde
el pez entre mis manos.

Música que corre
igual a un alcatraz sediento.

Todo es agitación
en medio de las luces.
Tu silueta de ave
corriendo en las alcobas
cantando con tu canto
mi congoja de ostra.
Este techo tu cama
tu compañía de alondra
y estos muros tan blancos.
El nido en que dormito
sobre tu tibia ala,
son mi casa
y mi casa
y mi casa
mi casa.

El árbol

De la greda negra, alcatraces oscuros
y un sol de seda y oro
va brotando la hoja sedativa
yerba de azules trajes
flores de luces múltiples
campana de cristales.
Y allí está oscuro el talle
filamento moreno.
Nimia creación
que mima el viento
diminuta semilla sensitiva
que rompió su silencio
con los sauces
y es ahora un roble
sin sombra en la mañana.
Diminuto.

Más delicado que un infante
una pisada un golpe al azar
cualquiera lo derriba y en su
mutismo va venciendo al tiempo
caracoles de lluvia
agua de vendavales
estíos calcinantes
roquedales incandescentes
aleves golpes del hombre

fosco enjambre
de parásitas vivas.

Mas sobrevive enhiesto
testigo inerte inerme
pensativo.

Dios vegetal
dos siglos de guerra
ha presenciado.
Bajo su cúpula ardieron
los disparos y murieron
las aves vespertinas.
Pero soñaron claros
los diamantes
del cielo de una noche
de verano.

Gigante vivo y silencioso
nada podrá tocar
tu dimensión de altivo
cíclope de la tierra.
Pero un hacha, una sierra
una mano curtida
te dejará tendido
bajo el sol del ocaso
y arderás el infierno
callado de la noche.

El desechable

Hijos de los detritus sin sueños ni cobija

Nada lo diferencia de la tierra
ni del tambor de óxido
donde anida el escombro.
Camina entre los árboles
como una piedra infame
y en el jirón abierto de su camisa
insomne se divisa la fiebre.
Y el hambre.

Es desechable
porque su sonrisa
está partida por un rayo.
No es necesario que se peine.
Nadie se fija en él
nadie lo ama
ni bajo un techo reclina su cabeza.
Puede dormir como Diógenes
en un tambor de óxido
y orines
y como Diógenes también
buscará con una vela
la verdad
y a un amigo
que no existe.

Porque como dice Leonardo Fabio
«la soledad es un amigo
que no está».
La casa de cartón
derrite su alimento
en tanto que a su lado aúllan los fantasmas.
Se sobrecoge al viento
cual un sauce en silencio
y se doblega como un hacha en las noches heladas.
El frío hiela su boca como un tizón herido
cuando un gato errabundo descarga su alarido.

Retrato

Te veo sobre el retrato
como una rosa abierta
el talle verde la corola roja.
Me sonríes de lejos me sonríes.
Nacaradas las manos.
Tu silueta de mármol nacarada
en los lampos de luz de un sol
que ya no existe.

Solitaria
Sonriente
Solitaria.
Reías para mí
para mis ojos.

Y ¿en dónde estás ahora?
Dormida entre las sombras
de mi pecho
humo del fuego lento
que ardió como un crepúsculo.
Río de azules aguas
sin riberas
topacio que se deslíe
como el hielo.

Año Nuevo

Vana ilusión la de la medianoche
que marca los colores del engaño
sentirse transportado a un nuevo año
quimeras de la fiesta en el derroche.

Fasto de serpentinas frágil broche
licor sobrepasando el gesto huraño.
Esperanza de luz en que me amaño
aunque mañana sea el mismo fantoche.

Destino incierto siempre caminando
el blanco y negro en la ansiedad ingrata
levedad de la muerte que te mata

brevedad de la vida agonizando.
Días iguales de la dicha en llanto
y alaridos que mueren como un canto.

El río

Los ríos también mueren en silencio

Sin pececitos ni agua
arenas y piedras arden.
Sin pececitos ni agua
incienso de caracolas
pájaros blancos sin picos
y cielo liso entre llamas.

Agua que dejó su acento
en los rotos chistularis.
Camino sin cristal
ni peces.
Cicatriz
de piedra dura.
Alcatraces sin garganta,
gaviotas ciegas
sin alas.

Río de espumas
sin boca,
caminante
sin sandalias,
orquesta sin diapasón,
muerte sin rumor
ni estrellas.

Mujer tan cerca de mí

Siento el efluvio de tu carne
más cerca de mis arterias
que la sangre. Siento el
efluvio de tu saliva
más unido a mis húmedas
palabras que mis palabras.
Siento el rumor de olas
de tu pelo golpeado por el mar
de mis dudas abruptas
más cerca de mi pecho
que el vello de mi pecho.
Siento el arco iris
de tus ojos como un puente
que me devuelve del vacío.
Siento tu sexo como el refugio
en el que me amparo
contra las fieras rojas
que circundan mi sexo.
Siento tus muslos perlas
como los ríos cristalinos
en los que bebo el agua
de las ostras
y muero en la noche
como el mercurio
en un termómetro
para resucitar
con la fiebre.

También muero en tus besos
pero me levanto
sin fatiga
buscándote
caracola música rosa
mujer tan cerca de mí
como el crepúsculo.

Olvido

Te fui olvidando
como la rosa desgajada
olvida su rosal.
Te fui olvidando
como la noche olvida
al día.
Te fui olvidando
como el invierno
olvida la primavera.
Te fui olvidando
en el olvido
de las huellas en la playa.
Te fui olvidando como
los ciegos olvidan
los colores.
Como el barco
en herrumbre
olvida el puerto
y el proscrito
su canto y su bandera.

Lluvia

Golpea tu rostro
el agua.
Te ilumina de frío.
Golpea tu pelo negro
encogido y sumiso.
Limpia tu cara limpia
levanta tus pezones
te dibuja los muslos
entre la tela de agua.
Pareces una gruta
transpirando en el viento.
Niña de cara limpia
escultura de frío
retrato de la lluvia
que cae sobre los árboles.

Invierno

Ropaje blanco
caracol de ensueño.
Arboles que tiritan
viento que gime triste.
Arroyo que musita su
silencio.
Te fuiste con las notas
de la tarde
y la noche llegó
con su carga de frío.

No toca el piano
su alarido gris
entre las teclas
blancas y negras
de los días.
Se marchitó mi frente
se desmayó mi mano
se congeló mi aliento
cuando perdí tu boca.

Y entonces, solo pasa
el viento como un lobo
que llora entre los
sauces.

El vino

Recuerdo a Ulises
pisando en los barriles.
Recuerdo a Noé
agotando las últimas
cosechas.
Recuerdo a Zeus
ebrio de ambrosía
y a Dionisos escanciando
delirante
las copas de todos los poetas.

Las uvas eran como tus ojos
plácidos y alegres.
En tu mirada, amor
me embriago suavemente.
Siento la hoja de la vid
cubriendo la delicada cruz
de tus dos piernas.
Y te amo más
que a todos los inviernos.

Fluyendo entre mi sangre
como la lluvia tierna,
el vino me recorre
por toda la nostalgia.
Y así te vuelvo a

ver naciendo
como Afrodita
de todas las espumas
y los mares.
Me bebo solitario
mordiendo hasta mi copa
el vino de Noé y de Odiseo.
Y soy entonces el nuevo Zeus
que habita en todos los recuerdos
soñando con tu cara.

La música

Rompe el silencio
y canta como un pájaro.
Quiebra la oscuridad.
Suena la congoja
de la noche donde
tu ausencia ultraja.
Espacios de sonidos
que penetran profundo,
compases orquestas
voces que quiebran el metal.
Baila en mi corazón
un sentimiento.
Llora mi viejo amor
con la morriña
de la pena sedienta
acurrucada.
Me dejo ir sin rumbo
entre las bocas
que antaño fueron
estaciones de mi boca
fantasmas que huyen
y regresan inasibles.
Me acribilla tu amor
como una flecha.
Porque la música entra
entre mis poros

igual a un tren
pitando rugiendo
taladrando la inconstante
lujuria delirante.
No me queda el delirio
de tus besos
ni poblaré tu pelo
con mi aliento.
Todo se fue como la lluvia
pero hoy llueve en mi corazón
la garúa de tu nombre.
Mas esta música que llena
todo el espacio de mis constelaciones
te hace ver en sombras
danzando, en los rincones
de ese tedio fatal.
Sólo entre todos oigo
la música que irradia,
que somete.
Canciones doloridas
en esa tibia ausencia.
Canciones que subyugan
que estrangulan
y me llevan al mar
como una gota de agua.

La noche

Sortilegio
citolegia
embrujo.
Con su largo
cabello enlutecido,
la noche deja
abiertas las ventanas.
Un búho
entona su monorrítmica
pregunta
y abre sus ojos
sorprendidos.
Un murciélago
vuela como una sombra
y un árbol adormido
se recuesta
en el viento.
Noche vestal
insomne
e insondable.
Caminos misteriosos
del silencio
catedrales de espanto
donde oficio
el ritual
fundido

de mis desolaciones.
Un gallo despistado
canta
como si hubiera olvidado
la hora.
La barca
azul turquí
navega
entre palomas negras
y negras azucenas.
Y las columnas
líquidas del río
caminan en silencio.
Siempre el silencio
que ahoga el grito,
que estrangula el grito.
El puñal fiero
de aquella mano
oscura penetra
en la gavilla.
Gavilán hambriento
devorador de sueños.
Noche de largo
traje reclinada
en las horas
sin nombre
de esta pena
del desvelo acuciante
del naufragio
de un beso

de la sangre rodando
como la noche trémula
en el río.

Noche de cielo
abierto apenas
empiezan a brillar
los luceros.

Vuelo de palomas

Volaron las palomas.
El sol dejaba el lecho.
El ázul era rojo
el negro era violeta.
Volaron las palomas
bajo un ruido de alas.

Te besaba en la frente
te besaba los ojos
te besaba la boca
los cristalinos senos
te besaba.

Volaron las palomas
su vuelo profanado.
Agitar de alas blancas
y plumas arrancadas.
Te besaba hasta el vientre
con mi lengua sin agua.

Sonaron los disparos,
volaron las palomas
su vuelo fatigado.
Bajo un cielo de espumas
queda una estela roja
y mi lengua sin agua.

La muerte va volando
su fulgor matutino
y el beso que te daba
sabe a sangre azulada
y a rostros despeinados,
perdidos en la nada.

Final

Puedo decir como Violeta Parra
que a la vida agradezco lo vivido.
Es dulce haber tenido una pizarra
al tiempo que la lira. Siempre he sido

nefelibata al son de una guitarra
y de los goces del recuerdo asido
al alarido gris de la cigarra
deposito -qué angustia- este gemido

sobre la tienda azul que no desgarra
el corazón por el dolor transido.
Pero sin una mueca ni una amarra

me dejo conducir ya sin sentido
al sitio donde ayer la vieja barra
moría como muero yo vencido.

La mujer del metro

París... que siempre vale una misa.

La cara presurosa
las largas manos largas.
Camina rítmica, abstemia
por el socavón.
Todos desfilan hacia el vértigo.
En el metro se siente más cerca
la entraña oscura y abisal de la muerte.

Cimbran las caderas en el carrusel.
Ojos que parpadean ambulatorios,
el entrecejo, el ritmo, el rictus.
Te veo delirante y apagada
como el diamante
oscuro de la noche.

Te adivino el corpiño
y la luz ausente de tu falda negra,
mujer del metro pálida y delgada.
Y yo sentado allí tan pequeñito,
tan opaco en el fondo,
una mirada ausente en el silencio.

No hay danza.
Todo es afán y fosco desafío.
Cuando te miré como un pez extraviado
volviste a mí la claridad del agua.

Capté tu aliento de magnolia en celo
un instante,
y el fulgor recogido de tus ojos.
Pero luego, irremediablemente
nos perdimos por siempre
ambulando en la sombra y el silencio.

Quinta avenida

De arriba y abajo,
sobre el ensueño y la pena,
camino las calles altas donde nadie mira.
Solo fluye la luz como una sombra.
La pequeñez del hombre,
su grandeza.

El rostro que dibujo en mi mirada
brilla con un fuego
confuso.
Un abrigo camina de negro.
Nada detiene el paso intermitente
de ojos que marchan grises con su hastío.
Nueva York de amaneceres negros
y noches siempre blancas.
De mujeres bellas
para las que no existo.
Valkirias y odaliscas
con mágicas cinturas
y bocas que se cruzan
sin sonrisa en el camino
insomne de mi paso.

Perfume de asfalto,
humo de los socavones del metro.
Vértigo de mirar hacia arriba,

soroche de mirar hacia abajo.
Un saxofón difumina la tristeza
de un negro.
Una mujer abre sus piernas largas.
Jazz que carcome como un lobo
hambriento en la selva de cinturas
flexibles y bocas deshojadas.

New York donde mis pasos
se adormecen al ritmo
de cabelleras rubias y morenas,
de pechos ululantes
abiertos como flores
y magnolias que agitan
su ennegrecido aliento
entre mis manos.

Evocación

La tarde pasa. Pavarotti deja
su ruiseñor de acordes en mi alma.
Te evoco cuando alumbra la bermeja
sombra de luz que va cayendo en calma.

La tarde entrega su nostalgia a mi alma
la soledad se torna en una reja.
Mi corazón estalla en esa calma
de las horas sin ti sin una queja.

Ojos que fueron luz de mi mañana
manantial de locura entre tu besos...
...ausencia gris bajo la tarde grana...

...música que me llena de embelesos
furia de amor...amada tan lejana...
y ... en el jardín florecen los cerezos.

Mulata

Me beberé tu boca con mi boca
gitana de cintura abanicada
de piel endrina surtidor de aromas
cabello de azabache abierto en llamas.

Me beberé tu leche perfumada
y sentiré la tibia noche abierta.
cerca a la almohada reclinada mi alma
sobre tu cuerpo de jardines claros.

Me beberé tu aliento entre mi aliento
mientras la aurora su ropaje entrega
tras el cristal que reflejaba el beso
interminable de la noche larga.

Y habrá una fiesta cada que te vea
cuando la tarde deja arder su canto.
Me beberé de un sorbo tus palabras
y tu silueta de ámbar nacarada.

Gitana de caderas como el aire
cimbreante de orquestas hechizadas
diapasón de mi sexo enfebrecido
relicario de amor bajo las sábanas.

Los libertinos

La marquesa reía y sonreía
la máscara de hielo ante el espejo.
La marquesa danzaba con sus tules
y sus ojos de vidrio florecidos.

La marquesa bailaba y sonreía
bajo la tenue lámpara de azogue.
La marquesa lucía el desparpajo
de su rosada piel descaecida.

La marquesa entreabría su palacio
de ópalos decadentes y sin vida.
La marquesa reía y sonreía
envuelta en su tapado de visón.
Y mostraba al danzar ante el espejo
las invernales huellas de su herida.

Cubiertas por la escarcha recogidas
las cicatrices pálidas fingidas.
La marquesa reía y sonreía
y danzaba cual una llama al son
en el palacio desteñido y frío
la máscara de hielo suspendida
bajo las notas grises de un danzón.

El marqués de negra piel lucida
reluciente su smoking al calor
sujetaba su talle en abanico
y danzaba danzaba ante el espejo
con sus negros zapatos de charol.

La marquesa reía y sonreía
y el marqués como un felino negro
sujetaba su talle y recorría
su cuello con su boca en girasol.

La marquesa reía y sonreía
la máscara de hielo suspendida
como las notas grises de un danzón
el marqués la miraba en el espejo
y susurraba: «¿Qué puedo hacer por ti?»
Y ella decía: «Worship my beauty,
Oh, my love". Y reía reía
ante el espejo con sus ojos de vidrio
florecidos. Su belleza de mármol
escondida como las cicatrices
de su herida... Y el marqués la adoraba
sin amor.

A ti, mi amigo, mis amigos

En la muerte de Carlos Holmes Trujillo

Estoy para deciros mis amigos
que ha pasado la vida
siendo amigos.
Pero nada de lo que somos
vale nada
sin esa cometa que
con el viento huyó.
Amigos si ni siquiera
éramos un sueño delirante.
Solo me veo en el recuerdo tuyo
y en el recuerdo de ellos
mis amigos.
He visto el mar en todos los océanos
navegué capitán de los naufragios
besé claveles sumergí mi boca
en los ocasos grises del ocaso.
Pero te vi muriéndote en la vida
cuando mi seca voz se iba secando.
Junto a ti amigo mis amigos
renové del rocío todo el aliento
y hubo luz en tus ojos siderales
cuando miraba arder en los espacios
los astros silenciosos de tu boca.
Amigo mis amigos
solo esta tarde encierra
lo que decir no puedo en esta tarde.

Mas no hay pájaro viento azul o rojo
del véspero plateado
que no refleje el fondo de mi alma.
Sujétame en las nubes compañero
entre un sueño y un sueño
y escucha el eco formidable de las horas
para que sepas tú cómo te quiero
amigo en esta tarde.

El pan

A *los campesinos nariñenses*

Mientras llueve y llueve
veo crecer la espiga.
Mientras llueve y llueve
veo la tierra negra.
Mientras llueve y llueve
veo la mano abierta
que rugosamente
penetra en la era.

Mientras llueve y llueve
se conserva el frío.
Mientras llueve y llueve
la congoja entrega
su pesar cansado
de sudor y pena.

Mientras llueve y llueve
se marchita el alma
del indio cansado
que orada la tierra
con su choza oscura
su guitarra negra.

Mientras llueve y llueve
la espiga se dobla
la criba se alza

el sudor y el agua
dejan su lamento
líquido en el viento.

Mientras llueve y llueve
se recoge el trigo
con manos moradas
se almacena el canto
de rosas morenas
y la tierra deja
su herida entreaguada.

Mientras llueve y llueve
humea la hornaza.
Mientras llueve y llueve
el pan se hace himno
su color de espiga
se esfuma en el aire.

Gritan los silencios
el aroma suave
la tierna esperanza
se torna en milagro
la paz se hace vida
con sabor a agro...
...mientras llueve y llueve.

Solo es la luz

Bajo la noche que muere
y la luz que llega
pienso que no hay Dios
pero la luz llega.

Anochecer en Honolulú

En este atardecer de congojas australes
el Pacífico tiende su insondable presencia.
Se han ido los bañistas. Las aves espectrales
reclinan en la sombra su silueta de ausencia.

Solo quedan los vientos meciendo las palmeras
y el silencio que rompen las olas incesantes
mi alma piensa entonces en tantas primaveras
que dejaron truncados mis sueños delirantes.

Me sumerjo en las aguas como un dios derrotado
y siento entrar profundo el yodo de la noche.
Ateridos los huesos el espíritu helado

confundido en el agua de este mar en derroche
podría morir ahora del cielo resignado
mientras arriba sale la luna como un broche.

Miranda-abril

A una niñita rosadita, que apenas sonríe.

Nunca el rosado lo fue
como en la rosa de abril.
Si fue una rosa de abril
ningún rosado lo fue
igual a ti rosa-abril.

Muñequita de marfil
rosadita en este abril
nunca el rosado lo fue
como en tus manitas vi.

Niñita mía de ensueño
tan suave como una rosa.
Leve y sutil mariposa
dormida entre tus dos alas
como pétalos de rosa
siempre radiantes de abril.

En el costado

Para Ruby

Si me parece ayer: la delicada flor
que deshojaba mi sueño derrotado
me entregó su mensaje del amor
y fui no sé por qué ni cómo amado.

Era casi imposible ser deseado
de tu boca corola de dulzor.
Manos y sueños y el camino alado
y a mi lado tu sombra de color.

Que te quise perenne es ignorado
y me alumbró tu nombre en el difuso albur...
más uno solo fuimos en el camino andado...
...al este oeste y norte del edén alcanzado
ligeros jubilosos la proa siempre al Sur...
... amor es... tenerte por siempre en mi costado.

Compañera

Como la blanca flor de la palmera
como la niebla que en la tarde llega
como el rocío germinal que aniega
las emociones grises de mi espera

así llegaste a mí en la primavera
alma de luz que mi dolor sosiega
campana de oro que mi amor doblega
leitmotiv de mi fúlgida quimera.

Me diste risa y juventud primera.
Donde tu mano estuvo no hubo pena.
Vi crecer tu cintura de azucena

al calor de mi vida ¡Compañera!
y hoy que los hijos te rodean serena
no sé qué haría sin ti mi niña buena.

La niña que tenía una paloma

La niña que tenía una paloma
sentía al mundo nacer en el arrullo.
El cristal de su voz y el dulce aroma
sobre el murmullo donde el mar se asoma

daban luz a sus ojos ilusorios
-navegante crisálida en capullo-
en la tarde poblada de abalorios.
Mas sin que el sol doblara las espigas

la niña es ya una espiga florecida.
La paloma voló y las dos amigas
en la congoja azul de la partida

vieron juntas viajar hacia la altura
desde este agreste campo de la vida
la flor de la niñez rosada y pura.

Amiga

Que a la mañana te vea
y al mediodía te vea.
Que a la tarde te vea
y en la noche caiga
mi fatiga en tu cuerpo.
Nada más necesito
que tenerte muy cerca.
Que sentirte como una
paloma currucuteando
en los rincones de mi
astío.

Que me sientas morir
todas las noches y
resucitar con las estampas
borradas de las sombras...
Rosa encendida y dulce
que esto es el amor apenas.

Un hombre con corazón

A Héctor Fabio Varela en sus ochenta y seis años

Reliquia de varones que han pasado
camina como un río transparente.
Cada mañana germina un girasol
y al mediodía florece como un canto.
No existe tempestad que lo amedrente
ni el sol ardiente opaca su pausada
levedad del camino.
Es roble en la tormenta encina en el ocaso.
Pero en sus ojos fulge una gaviota
navegante de vientos siempre abiertos.
Rosa de la saudade en la ternura
del tiempo ido y de las cosas buenas.
Poeta de la tarde y del recuerdo
cuando la sangre hiela el universo
en cansados espejos de la noche.
El alma entonces pósase en sus dedos
para contar la placidez de un beso.
El lejano pañuelo enternecido
por el viento fugaz de los adioses.
Y el alcatraz que dibujó su vuelo
en las dormidas sombras de una pena.

Este Héctor Fabio va como el camino
caminando de frente sin reposo.
Caballero de antiguas soledades
marinero más que del mar del sueño.

O del ensueño azul de las quimeras.
Que dijera Machado hincado ante la tierra
«Virtud es la alegría que alegra el corazón».
Y este varón romano reliquia de otros hombres
que han pasado con su virtud de roble
nos alegra
alegra y alegra el corazón.

Bolívar

No, no fueron los desengaños.
No, no fueron las frustraciones.
No, no fueron las obnubilaciones
las que fundieron su espada
entre la niebla.

No, no fueron las traiciones.
Ni siquiera el cuchillo
que no alcanzó a llegar hasta él
para profanar su carne.
Ni fueron las tormentas
y los rayos
que no pudieron esculpir
su derrota.

Porque para el gigante
enjuto, de marchita y cenicienta
faz, ni el aquilón ni el aguijón
que a empellones intentaron arrebatar su gloria
y hacer dolorosa su existencia,
lograron impactar su magro pecho
o su cabeza alada.

Nada opacó su luz
de arco iris,
como que entre el vuelo

de una abeja
y el horizonte
de una llama
está resplandeciente
como el rayo de Zeus.

Bolívar nida entre
los Andes
igual que el trueno
y la centella.
Por los caminos
calcinantes
camina con estrépito
su huella. Retumba
el ruido de su marcha
sobre el corcel de plata
de sus sueños.
Y está
como un demiurgo
vigilante
igual a todas las estrellas.

La novia

A *Francia Lorena Muñoz*

Niña que atrae la aurora
con su piel de durazno.
De ojos tendidos como el océano
en el azul sin fondo.
Vestida con los tules del alba
te levantas al alba
mientras pasan gaviotas
sobre palmeras blancas.
Un niño entona un canto
y se enternece un pájaro.
Te brotan azahares
del talle de alabastro
y rosas de tu pelo
sedoso como el agua.
Niña la de los soles
de todos los crepúsculos
la que convierte en beso
la tristeza del alma.
Niña pálida y dulce
como una mariposa.
Blanca y azul celeste
de la quimera al sueño.
Te entrego igual a un río
mi traslúcido canto
hecho con las palabras
que me dejó el camino

para que altiva vueles
entre las azucenas
de los floridos campos
de la vida hogareña.

Borges

Camina lento su bastón de ciego
diluye entre las sombras su sonrisa
su traje le dibuja la fatiga
pero sus ojos como la antorcha
de Mariana lo iluminan adentro.
Hay luz de fondo en sus palabras
quedas. Habla como la brisa
de un dios aún no muerto.
Y el invierno recorre sus pupilas
y las huellas surcadas de su rostro.
Este es Borges como un cóndor herido
que vuela sin mirar el horizonte.
Que se extasía en el mar y en la montaña
montado sobre un libro siempre abierto.

Desde mi ventanal

Mi ventana abre todos los horizontes
y sobre ellos está la ciudad, pálida de
día, parpadeando de luces por la
noche. Extendida como la sombra de
una playa... una música de jazz, la
mirada solitaria, un vaso de bourbon, y
desde allí pienso en ti, perdida, pero
como un...

Sueño que se desploma
en esa pequeñez
en la que ya no existes.
Primavera cubierta
por las sombras.
Miro hacia la ciudad
y me pregunto
¿en dónde están tu casa
y tu ventana?
¿Y el caminito
de la azul mañana?
Fantasmas de un pasado
que hoy no existe.
Memoria desolada
del mañana.
Desde mi ventanal
ya no te veo.

Ensueño que se desploma
en esa pequeñez
de una ciudad
cubierta por las sombras.
Eres tan solo parte
de las sombras
y de las luces mortecinas,
primavera en invierno.
Y yo fundido en una voz
de espanto
pregunto
sin corazón abierto
en esta tierra:
¿En dónde están
tu casa y tu ventana?

Contenido

Prólogo 5
Proemio 11
La casa 15
El árbol 19
El desechable 23
Retrato 27
Año Nuevo 29
El río 31
Mujer tan cerca de mí 33
Olvido 37
Lluvia 39
Invierno 41
El vino 43
La música 47
La noche 51
Vuelo de palomas 57
Final 61
La mujer del Metro 63
Quinta avenida 67
Evocación 71
Mulata 73
Los libertinos 75
A ti, mi amigo, mis amigos 79
El pan 83
Solo es la luz 87
Anochecer en Honolulú 89
Miranda-abril 91
En el costado 93
Compañera 95
La niña que tenía una paloma 97
Amiga 99
Un hombre con corazón 101
Bolívar 105
La novia 109
Borges 113
Desde mi ventanal 115

Pero lo que más llama la atención es que en su alma de poeta aflora, con una extraña sensibilidad de artista y en poemas de clásica belleza idiomática, una inspiración muy propia, sin escuelas y caracterizada quizás por su insularidad.

Los suyos son poemas que alternan entre lo que podría considerarse como el resurgir de una poesía cadenciosa y sonora, junto con el toque moderno del poeta que busca y conquista nuevos territorios y giros que incorpora a su trabajo. Con una tendencia ligeramente nostálgica y melancólica, destaca los hondos sentimientos del amor y el erotismo, pero se adentra en los problemas del tiempo en que vive, de la agitación violenta de su país y aun de la miseria de vastos sectores poblacionales.

Para Editorial Feriva es un verdadero honor editar este libro que, juntamente con *Ciudad de corazón negro* y *Entre luces y sombras,* marca el pródigo derrotero de Barona Mesa en el terreno de la poesía, y lo consagra como uno de sus genuinos exponentes en las letras colombianas.